

CARTA ABIERTA A PHILIP DAVIDSON, A PROPÓSITO DE SU ARTÍCULO ‘DON QUIJOTE DE LOYOLA’ (cuadernosdealeph.com)

Muchas gracias, Philip, por haber tenido la amabilidad de dedicar tanto tiempo a la parte que me toca en el artículo sobre la teoría Loyola-Quijote. Te quedo, insisto, muy agradecido porque, a excepción de una breve reseña laudatoria del escritor Antonio Rodríguez Almodóvar en el diario El País de Andalucía, la tuya es la primera crítica general al conjunto de mi trabajo sobre Cervantes.

En la historia de la investigación científica aparecen catalogados tantos o más fraudes que descubrimientos. La ambición personal y la obnubilación que, a veces, produce la entrega ofuscada a una idea, son la causa de que tanta gente, con más o menos conciencia, decida poner en público unos resultados manipulados y, por tanto, falsos que, en mayor o menor tiempo, acaban desinflándose, porque la credibilidad de los descubrimientos se demuestra con experimentos y teorías comprobables.

Pero, además de esos fraudes realizados por los investigadores para falsear los decepcionantes resultados de sus estudios, existen otros, menos frecuentes, aunque también de dimensiones extraordinarias y que podríamos denominar como ‘fraudes por omisión’.

Recordemos, por ejemplo, el caso de Ramón y Cajal. Una portentosa inteligencia, unida a una pasión y entrega al estudio de la medicina que, de pronto y en solitario, logra unos frutos tan sorprendentes que sus contemporáneos fueron incapaces de asimilar. Perezosos o envidiosos de la prodigiosa sucesión de hallazgos de Cajal, el reducido ámbito de los científicos españoles de la época, haciendo negligencia del deber de verificación correspondiente a todo investigador, no pudo, o no quiso, constatar la validez de unas teorías que acabarían revolucionando la ciencia médica y, especialmente, la histología.

Ni siquiera Cajal recuerda, en sus memorias, los nombres de quienes negaron, afligieron y ralentizaron los frutos de su trabajo, pero sí deja clara la existencia de un gran número de catedráticos, científicos y religiosos dedicados a entorpecer egoístamente el avance de la ciencia y a ensombrecer algunos momentos de la vida del genial científico.

No menos asombroso resulta el caso de Albert Einstein, aguardando diez años a que la comunidad científica despertara del letargo y cumpliera, gracias a tristes intereses bélicos, con el deber de verificación que le correspondía. Tal vez porque, en realidad, toda investigación fructífera supone, por una u otra causa, el fracaso de quienes, instalados en las cumbres, ven en lo nuevo el vértigo y la inseguridad de la eminente caída.

Algo parecido ha ocurrido con el descubrimiento de las fuentes esenciales del Quijote. Lejos de aproximarse a la inteligencia, dimensión científica y trascendencia social alcanzada por las incommensurables obras de los dos sabios citados, el nuevo hallazgo, aunque, insisto, infinitamente menos trascendente, podría actuar, a muchos niveles, como un potente decapante capaz de iniciar la limpieza de la arraigada y profunda pátina de falsedad, idolatría y mentira que todavía cubre la verdadera historia de gran parte de la humanidad y, además, revelar la portentosa figura de un genio de cuya valía intelectual y creativa se conoce mucho menos de lo imaginado.

Si en siglos anteriores se le negó a Cervantes la sal y el agua de la ciencia y la sabiduría, que empezó a reconocerse tarde y por los ingleses, la negativa a aceptar y manipular el sentido de la relación entre el Quijote y las fuentes ignacianas, vuelve a situarnos en una misma disyuntiva con la que, a fin de cuentas, se trata de ignorar el objetivo esencial del nacimiento de su obra.

Paso, tras este breve preámbulo, a comentar tu artículo acogiéndome al derecho de réplica que, como autor, me asiste, a comunicarte mi criterio sobre algunas de las opiniones que sostienes.

Es verdad, como apuntas, que soy “un entusiasta de Cervantes”, su obra me acompaña y enseña desde casi la adolescencia, y estoy rotundamente convencido de que, entre aquellos primeros manoseos que me emocionaron y las últimas celebraciones que me subyugan, he pasado prácticamente todos los años de mi vida cursando en su genial Departamento. En realidad pertenezco a la gloriosa “Universidad Desconocida” que proclamaba Bolaño, igual entro en clase de Bartolomé de las Casas que en la de Rabelais, Goya, Kafka, Darwin, Güiraldes, Buñuel, Bertrand Russell o Polanski. Aunque reconozco que tengo debilidad por los poetas, que no pasa día sin que consulte a Juan de la Cruz, Vallejo, Emily Dickinson, Silvia Plath o Merlo. Todos ellos son mis verdaderos maestros, los únicos, junto a mi amigo gran amigo Miguel Pérez Aguilera, que me han enseñado y colocado, en bandeja, al inicio del laberinto de caminos que conducen a lo que considero la interminable senda del conocimiento.

El saber de la inmensa mayoría de las universidades, lo que imparten la mayoría de doctores y catedráticos, son cosas muertas que no ayudan ni conducen a nada y que este nuevo siglo de la información universalizada ya ha fulminado, aunque todavía queden rescoldos en departamentos atrincherados chupando de la savia fresca que vibra por las calles pidiendo igualdad y verdad para todos. Ya no se necesitan títulos ni documentos fehacientes del saber adquirido. El gran examen está aquí, en cada una de las pantallas que bombean nuestra sangre mientras late la tierra.

Digo todo eso, que suena un pelín petulante, porque no deseo opinar sobre la dicotomía que, de forma generalizada y peyorativa, planteas a lo largo del artículo entre ‘cervantistas’-‘especialistas’-académicos / y amateurs o estudiosos. Aunque no tengo la sensación de haber perdido el tiempo, tuve la mala suerte de aprender muy poco de los profesores de la universidad. Lo cual no quiere decir que la desdeñe. Nuestra inmensa suerte actual es vivir en un espacio en libertad y con prácticamente todo cuanto soñamos culturalmente en nuestras manos y sin tener que estar obligatoriamente vinculados a mecenas o departamentos que, al mismo tiempo, suelen depender de vínculos tan embarazosos como la ideología o el dinero.

Respeto tu opinión sobre el Cronicón, aunque deberías haber especificado de dónde mana el ‘algo de patetismo’ que apuntas. Siempre he creído, cual bobo, que quienes dirigen y se enriquecen, gracias a nombres e instituciones, están éticamente obligados por sus cargos a comprobar la veracidad o falsedad de cuanto se publica en sus áreas, sobre todo cuando se les ruega con educación y respeto. Incluyo en ese grupo de inconcebibles silencios a personas como Jaime Fernández SJ o, al ya tristemente fallecido, Batllori pues, a pesar de mi insistencia, mantuvieron siempre un incomprensible silencio en torno a todo lo relacionado con la turbia historia del Relato. ¿Lo sabían? ¿Entonces por qué no lo dijeron? ¿No lo sabían? ¿Entonces a qué viene ese incomprensible silencio, entre el siglo XX-XXI, de personas ética y culturalmente de reconocido prestigio?

Dejo el asunto del Cronicón para más adelante porque, de diferente manera, vuelves a él en distintas ocasiones.

Me siento, pues, un entusiasta de Cervantes que, además de los tres libros que acertadamente comentas que he escrito sobre el Quijote, también publiqué un cuarto que se encuentra en el mismo sitio web con el título DON QUIJOTE BÁLSAMO-YELMO Y EMPERADOR DE LA CHINA, ensayo centrado en esos tres temas quijotescos y en el que, en mi línea acostumbrada, continuo desarrollando y corroborando documentalmente la misma teoría. En mi opinión es muy espectacular porque muestra

insólitos procedimientos creativos, fascinantes metodologías y una tan hilarante burla contra determinados aspectos sociales, que ya les hubiera gustado conocer, o imaginar, algo así a los surrealistas, dadaístas o a la mismísima Escuela semántica de Tubinga.

Ni que decir tiene que el hecho de que silencies la existencia del libro anterior me resulta un dato incomprensible en un investigador, pues parece un importantísimo eslabón en la cadena que has utilizado como eje estructural y semántico de tu artículo.

Pero es que ocurre lo mismo con los capítulos 9-14 y con el apartado ‘Generales’ de *El Triunfo de don Quijote*. Es como arrancar, o censurar, más de la mitad del libro que constituye el objetivo central de tu artículo. Sí, sí, el objetivo central, porque el resto, debería considerarse, con todos mis respetos a los autores aludidos, como comparsa. Lo explico.

Una vez conocido el contenido de tu artículo, el título (“*Don Quijote de Loyola: sus asociaciones por lectores a lo largo del tiempo*”) resulta un tanto engañoso pues, en realidad, el verdadero objetivo no es el que se manifiesta, sino otro más recóndito y disperso por todo el trabajo y con el que se trata de difuminar y anular las importantísimas diferencias existentes entre la teoría general de los demás a lo largo del tiempo, y la mía. Veamos.

El hecho documental que impidió a muchos de los autores que citas llegar a las mismas conclusiones a las que yo he llegado, fue el desconocimiento del Relato y del complejo entramado socio-histórico que le rodea. ¡Es la Historia! Yo no pretendo inventarme nada, ni mucho menos cargar con el acuciante fardo de un pasado truculento y oscuro.

Fui, pues, el primero (aunque Le Clerc, como tú bien sugieres, parece ser que lo conoció) en hablar abiertamente del secuestro del Relato, de su sustitución por la Vida y de la repercusión de ambos libros y su historia en el nacimiento de la novela de Cervantes. Tal vez no lo expliqué demasiado bien, porque parece que no lo has captado.

Aunque, en realidad, lo que pienso es que, tal vez, el subconsciente te ha traicionado, porque es así de mamón y consigue que olvidemos cualquier cosa que perturbe nuestros intereses, llámense desarrollo de tesis o temores profundos.

Digo todo eso porque, además de no reconocer el hito histórico del descubrimiento de las vicisitudes del Relato, enseguida te alineas abiertamente con la zona templada de la Compañía, definiendo el suceso como ‘retirada’ (p. 49) y mencionando la palabra ‘secuestro’ solo entre comillas, es decir, dejando, en contraposición, muy sutilmente claro que esa apreciación tan ‘brusca’ es solamente mía y que, por supuesto, no la compartes.

El verbo ‘retirar’, en la acepción que creo lo empleas, significa “Apartar de la vista una cosa, reservándola u ocultándola”. Por el contrario ‘secuestrar’, en el sentido en el que yo lo empleo, es apoderarse violentamente de algo. Es decir, la principal diferencia entre uno y otro verbo radica en la utilización o no de la fuerza, en la existencia o no de una oposición a que se lleve a cabo algo que, en el caso de la retirada no implica violencia y en el del secuestro sí.

Creo que los dos breves fragmentos de cartas citados en mi libro (solo mencionas uno) ponen de manifiesto que el Relato se retiró de los colegios de la Compañía con la oposición de muchos de sus miembros, de forma encubierta y violentamente, porque se les arrancó de las manos sigilosamente y en contra de sus voluntades, sin explicaciones y alegando como única razón el irracional voto de obediencia. Y si todo eso te parece poco, relee y comprueba personalmente, creo que los conoces, los secretismos y oscurantismos expuestos en el capítulo dedicado a la Vida. O el apartado “Censuras internas”. Hay una clarísima oposición de una gran parte de miembros de la orden a la desaparición del Relato y a la forma de llevarse a cabo.

Pero dejemos eso para más adelante y volvamos, en la misma página 49, sobre otra turbia apreciación en la que vienes a decir que desarrollo mis argumentos en base a “varios paralelismos”, “varios acontecimientos en la vida de Loyola” y “una serie de palabras y expresiones”.

En general es verdad, aunque no tanto. Porque no son varios paralelismos, ni mucho menos los mismos que, como sugieres más adelante en p. 50, señalaron otros lectores. Son un número impresionante de paralelismos y, además, de muy diversas formas y extensiones. Por ejemplo, circunscribiéndonos a los ocho capítulos primeros en los que, al parecer, te has centrado, encontramos que la totalidad actúa como un paralelismo numérico con los ocho capítulos del Relato. Pero es que cada capítulo contiene uno o más episodios cuyo desarrollo paródico corre paralelo a los correspondientes del Relato, hasta el punto de que el capítulo ocho se detiene en el mismo punto y término en el que, figuradamente, lo hace el Relato, es decir, con ambos protagonistas amenazados de una paliza, etc.

¿Cómo puedes silenciar esa analogía y otras semejantes? El enigmático final truncado del capítulo 8 ha derramado tantos ríos de tinta que debe ser uno de los pasajes más comentados de la historia de la literatura. He sido el primero en resolver el maravilloso enigma y tú, como tantos, ni siquiera lo comentas. Es de esas genialidades del nuevo Cervantes que ponen, intelectualmente, los pelos de punta. Veo esos ocho capítulos como un reflejo ondulante de los ocho del Relato, como un maravilloso ejercicio de precisión lingüística y semántica en los que, por magia del lenguaje, transforma en caballeresco fresco viviente una enorme cantidad de “acontecimientos en la vida de Loyola”.

Creo innecesario contabilizarlos todos, basta con recordar la maravillosa forma en la que, a modo del nacimiento de Venus de Botticelli, insufla vida a don Quijote partiendo de la inactividad física de Loyola y de la lectura e influencia de unos libros cuyos héroes terminan convirtiéndoles en otros. O el no menos maravilloso nacimiento de Dulcinea, mitad amorosos recuerdos de doña Catalina y mitad amorosos requiebros al nuevo amor femenino de su vida. Sin olvidar la primera salida, la guasita de Cervantes con el “rubicundo Apolo” parodiando la ripiosa prosa de la Vida. No puedo comprender, si es que te ‘entusiasma’ Cervantes, si es que te apasiona la Literatura, que no hayas disfrutado con la espectacular introspección en la vela de armas, el juego de luces entre Montserrat y la venta, los caprichosos antojos de las tentaciones-arrieros, etc., etc.

Lo realmente emocionante es el descubrimiento de las técnicas y metodologías cervantinas, resultan tan novedosas que disparan hacia límites insospechados la totalidad de su obra, el placer de disfrutar de una nueva ingeniería mecánica de la lengua, de una nueva forma de burlar la opresión, y de una lucha sin precedentes por la verdad y la libertad.

En fin, algo estratosférico que sitúa a Cervantes, por si ya no lo estaba, en la línea de los escasos y maravillosos genios de ilimitados recursos que, como Leonardo, siempre seguirán sorprendiendo al mundo.

¡Mira que no escribir sobre eso! Es como visitar Pisa y olvidarse de la torre.

Pero todavía más abundante que los paralelismos semánticos y estructurales es lo que denominas “una serie de palabras y expresiones”. Solo ojeando los cuadros sinópticos situados al final de mi libro, y siendo un poco objetivo, solo un poco, es imposible no admitir que la apabullante serie de palabras y expresiones coincidentes entre los tres textos demuestran un vínculo inapelable y, sobre todo, que mis aportaciones y conclusiones resultan abrumadoras si se comparan con las de los predecesores en la teoría.

Lo realmente sospechoso, lo tristemente subjetivo y, por lo tanto, dudoso es finalizar diciendo que todas las coincidencias anteriores “conducen a una conclusión algo recóndita”, o sea, interpreto que vienes a decir que llego a unas conclusiones, “sobre el propósito de Cervantes”, muy escondidas, es decir, poco claras y, a continuación, las enumeras:

“1) estos paralelismos prueban que Cervantes conocía la *Autobiografía* de Loyola”

Si no citas ni comentas ninguno de los paralelismos, sino que silencias y minimizas la enorme cantidad de ellos y las pruebas documentales que aportó, mi afirmación de que Cervantes conocía el Relato parece descabellada y precipitada, que es donde da la sensación de que quieres llevar al lector. Ahora bien, si a las pruebas de los ocho capítulos que citas, le hubieras sumado los seis restantes, más los análisis documentados de DON QUIJOTE BÁLSAMO-YELMO, el resultado, o sea, la afirmación de que Cervantes conocía la Autobiografía, resulta absolutamente acertada y contundente. Así me lo han corroborado muchos lectores, algunos ‘amateurs’, aunque no por ello menos especialistas en Cervantes, ni menos cultos o sabios. Porque el conocimiento, en lectura, no suelen aportarlo los títulos, ni los tecnicismos mutantes del lenguaje, sino el interés, la inteligencia y el tiempo.

Pero sigamos con el segundo argumento que ‘recónditamente’ opinas que defiende:

“2) que la Vida escrita por Ribadeneira es una manipulación de la historia que se narra en la *Autobiografía* porque, entre otras cosas, minimiza los roces de Loyola con la autoridad eclesiástica”.

¿Por qué, a lo largo de tu artículo, no valoras este importantísimo pormenor que, según mi teoría, forma parte de la esencia misma del Quijote? ¿Por qué no argumentas sobre un tema que recorre mi trabajo de lado a lado en cuanto actúa como referente y contraste entre la verdad y la falsedad? ¿Por qué no opinas sobre mi abundante y abierto criterio sobre la Vida y las artimañas de su autor? ¿Es que, fuera de los despachos alfombrados, puede denominársele de otra manera a las argucias de un escritor cuyo único objetivo es engañar a los lectores y ofrecer una imagen de una persona totalmente falsa a la luz de los escritos de esa misma persona? ¿Con qué ojos has leído a Ribadeneira?

En su breve ensayo “*Sobre la verdad*” (traducción de Carme Castells, Paidós 2007) sostiene H. G. Frankfurt que “los bullshitters, manipuladores o charlatanes, aunque se presentan como personas que simplemente se limitan a transmitir información, en realidad se dedican a una cosa muy distinta. Más bien, y fundamentalmente, son impostores y farsantes que, cuando hablan, solo pretenden manipular las opiniones y las actitudes de las personas que les escuchan. Así pues, principalmente, su máxima preocupación consiste en que lo que dicen *logre* el objetivo de manipular a su audiencia. En consecuencia, el hecho de que lo que digan sea verdadero o falso les resulta más bien indiferente.”

Ribadeneira es un bocazas, lo mismo le da decir verdades que mentiras, lo importante es convencer a la gente de las bondades de la Compañía y de las maldades de todos los demás, los no católicos.

¿Recuerdas, por ejemplo, su versión del terremoto en la casa de Iñigo, o la del apóstol san Pedro, o la forma en que separa la información sobre Gonçalves que incluye en los inicios de la Vida? ¿Recuerdas las invenciones y monólogos que le atribuye a Loyola entre comillas? ¿Y las crueldades y barbaridades que dice de moros, protestantes y judíos?

La Compañía se nutrió de cantidad de gente joven imantada por el pasado de Loyola, por sus procesos en Alcalá y Salamanca, por admitir en sus filas, cuando estaba prohibido, a reconocidos conversos como Ribadeneira.

Loyola no fue un integrista, y el Relato, como muy bien sabes, es la prueba. Lo escribió aun conociendo el acoso que la Inquisición española continuaba ejerciendo sobre la Compañía, a la que odiaban por su vertiginoso y prestigioso ascenso y porque le guardaban un rencor que solo logró apaciguar el diplomático Borja con una carambola a varias bandas que consistió, básicamente, en secuestrar el Relato, sustituirlo por la Vida, alejar de la cúpula de Roma a toda la antigua guardia de Loyola y entrar abiertamente a formar parte de la Inquisición y de la línea ultraconservadora de la Iglesia. El primer signo, el giro ideológico definitivo de la orden, lo simbolizó la publicación de la Vida. Fue algo de lo que se percataron sus contemporáneos con muchas más certeza que nosotros.

El Brocense, Arias Montano, o Cervantes, tenían la esperanza de que una orden tan cercana al papa pudiera atemperar el cariz represivo y galopante que seguían tomando los acontecimientos por aquellos años de 1583. Todos fueron víctimas de una represión sin precedentes que les obligó a vivir en el más temeroso y radical de los infiernos. Mayans denominó aquellos tiempos, por su extrema dureza y crueldad, como la edad de hierro.

Por tu artículo deduzco que te encuentras en la línea de quienes pretenden separar la historia, el momento, de la literatura de Cervantes. Lo pintan como a un genio con todas las sensibilidades, luces e inteligencias imaginables, como un adalid de la libertad, no obstante, a pesar de la marginación y pobreza en la que se desenvolvió y escribió sus geniales obras, pretenden hacernos creer que vivió totalmente ajeno al calvario de su pueblo.

¿Por qué no opinas sobre algo de esto? ¿piensas que Ribadeneyra no minimiza “los roces de Loyola con la autoridad eclesiástica”? Llamar ‘roces’ a tres procesos en España, con cuarenta y dos días de encarcelamiento en Alcalá y a veintidós en Salamanca, más a varias necesidades de salir huyendo del acoso inquisitorial ¿no te parece un almibarado eufemismo?

También, cuando hablas de la Autobiografía, o Relato, evitas casi siempre decir la verdad íntegra pues su “retiro de circulación” no solo fue efectivo en el siglo XVI, sino que se extendió al XVII, XVIII, XIX y casi hasta la mitad del XX.

No recuerdo si en algún momento digo “que don Quijote representa a un Loyola idealista y reformador”, lo dudo, porque mi idea es que Cervantes, a través de un finísimo y revolucionario método de introspección psicológica, insufla en don Quijote un sin fin de hechos y comportamientos, de frases, de rasgos y de todo cuanto capta y le sugiere la ambivalente y compleja personalidad de Loyola que emana de una lectura radiográfica de los dos libros-fuentes. Pero siempre hablo de parodia, de recreación en unos textos, de forma que “la marcada interpretación romántica” que, peyorativamente, me adjudicas, es cosa tuya, no pienso llevarte la contraria, pues hay mucho prerromanticismo en las fugas de Cervantes, en los viajes y heroicidades que tanto le asemejan a Epronceda o Byron. No obstante hubiera sido deseable que acompañaras alguna de estas apreciaciones con algún fragmento que documentara tus criterios. No deja de ser sorprendente que, siendo mi tesis y mis libros el objetivo central de tu artículo, no selecciones ni una sola frase, cosa que no ocurre con los demás autores.

En realidad todo lo que inventas en ese segundo fragmento de la p. 50 me aburre sobre manera, porque dices que digo lo que tú crees que he dicho pero que yo no digo y porque, además, enseguida destapas el tarro de las esencias.

En efecto, como cansado de decir sin estar diciendo, concluyes: “Independientemente de su incapacidad para convencer al mundo cervantino, de lo dudoso que son algunos de sus argumentos y de la estridencia con la que a veces los presenta, el valor del trabajo de Federico Ortés radica en sus labores para sacar a luz los paralelismos entre don Quijote

y San Ignacio, y en su reconocimiento de que no es sino el último de una larga serie de lectores que han señalado éstos como pruebas importantes para elucidar la intención de Cervantes”.

El desinterés de los cervantistas no prueba nada, al contrario, suele ser un testimonio de que algo gordo está ocurriendo. Ya he recordado a Cajal o Einstein. El tratamiento es el mismo. En cualquier caso se trata de descubrimientos que afectan a los cimientos sobre los que se sostienen los ‘poderosos’, llámense científicos o cervantistas, ‘incapaces’ de aceptar cualquier variación que provoque un terremoto en sus escalafones rigurosamente controlados.

No es mi ‘incapacidad’, es la de ellos, la de algunos de ellos, que aferrados a sus rentables sillones, al poder y al prestigio, a los congresos con rutas gastro-culturales (& extras) en fantásticos viajes todogratis, son ‘incapaces’ de mirar un texto que desnuda de un plumazo tantos años de ampuloso gorgoreo a costa del ninguneado Cervantes, entronizado en andas doradas y paseado por el mundo con la boca tapada, seco como una mariposa pinchada en una urna donde las hojas de sus libros solo dicen lo que ellos, los ‘incapaces’, han decidido decir que dijo.

Ahí se nota la solapada inquina con que escribes, hablas de mi ‘incapacidad’ ante los cervantistas como una de tus grandes pruebas contra mi teoría. Eres, como ellos, incapaz de desmontarla y, lleno de soterrada furia, me colocas ante el sagrado tribunal que juzga y repudia mis ‘dudosos’ argumentos, pero ¿cuáles? ¿Por qué no te has cebado, por ejemplo, con el capítulo 8, o con La muerte de don Quijote?

Prefieres seguir generalizando, sin aportar pruebas de las ‘estridentes’ con que presento el trabajo.

Me gusta llamar a las cosas por su nombre. Por ejemplo, a cualquiera que padezca, no digo dos meses, sino un solo día, una sola hora en prisión injustificada, sería incapaz de llamarle ‘roce’, al contrario, me apetece decir ‘esos injustos cabrones’, o algo parecido. Pero cuando escribo libros, consciente de que me pueda leer alguna persona mayor y chapada a la antigua, me contengo. Lo que no imaginaba es que estas chapas son hoy día indispensables para que los jóvenes puedan penetrar en los departamentos.

No necesito escribir entre líneas ni utilizar eufemismos de doctorando, recuerda que al no seguir el curso de rigurosos escalafones obligados para poder opinar sobre Cervantes, soy un proscrito que considera más ‘estridentes’ las barbaries morales, la doblez, la falta de ética, el tratar a las personas, o los textos, de forma diferente dependiendo de quiénes sean los autores. Decir una cosa cuando se sabe que no es cierto, cuando negamos evidencias, cuando nos traicionamos a nosotros mismos, cuando mostramos aversión y crueldad hacia los blandos y apego hacia los duros solo por su posición. Esas son la verdaderas y crueles estridencias, las auténticas violencias, no la bobada de utilizar una voz más o menos popular y de la que solo se alarman quienes pretenden perpetuar una moralina decimonónica que utiliza el lenguaje como forma de marcar territorio, de preservarse en los elitistas clubes en los que no tienen cabida quienes no se avengan a la temperatura de las rancias normas que velan por la custodia de los sagrados estatutos.

Culminas ese ‘glorioso’ fragmento de tu artículo (p. 50) con un ‘generoso’ regalo: “el valor del trabajo de Federico Ortés radica en sus labores para sacar a luz los paralelismos entre don Quijote y San Ignacio, y en su reconocimiento de que no es sino el último de una larga serie de lectores que han señalado éstos como pruebas importantes para elucidar la intención de Cervantes.”

Insistes en lo general y silencias lo singular, porque la conclusión que se obtiene de lo que dices vuelve a ser que no he realizado ninguna aportación nueva, es decir, el único

valor que me atribuyes es “sacar a la luz” paralelismos que ya en otros tiempos reconocieron otros.

Desde Bowle a Corradini, pasando por Unamuno o Quesnel, todos los ‘lectores’ anteriores no apreciaron más de cuatro o cinco claras analogías, nunca más allá del capítulo cuarto, y unas cuantas generalidades. Ninguno, como bien sabes, partió en sus pesquisas del análisis del Relato. He sido el primero en ponerlo en relación y, en consecuencia, el único en establecer un sin fin de analogías jamás imaginadas por los anteriores.

Insisto en recordarte esos dos importantísimos detalles que marcan la diferencia, el apabullante número de paralelismos que establezco, varios por capítulos y además los generales (tres salidas, geografía, división estructural total y parcial, muerte de don Quijote, etc.), y la clave del Relato como piedra Rosetta para la totalidad de la novela.

¿Cómo puedes silenciar todo eso? ¿Qué ocultos intereses te impiden apreciar lo fundamental y evidente?

Se nota en la pesadez de los pasos, en los pies de plomos de pesadilla infantil con los que avanzas y que solo se aligeran cuando entras, aliviado, en el campo sin minas del apartado 3. Ahí el brillante graduado toma carrerilla y demuestra lo que se aprende en una universidad, ahí aparecen, por fin, las citas y las comillas.

Pero enseguida reaparece otra vez Ortés y vuelven las arenas movedizas. Ahora citas una página, la 52 de mi libro, en la que afirmas que doy por “obvio” que los “estudiantes y el público salmantino” asociaban a Loyola con don Quijote (p. 51).

Por más que releo la página no encuentro una obviedad que utilizas inmediatamente, ¡cómo no!, en mi contra, para desvirtuar, genéricamente, la calidad de un trabajo basado en evidencias inexistentes, lo cual lo invalida por entero.

Ya veo que, en resumidas cuentas, ese es el núcleo de tu tesis: desprestigiar y anular mi trabajo.

Sin embargo, por esta vez, creo que tienes toda la razón, siempre he visto clarísimo el homenaje popular salmantino al espíritu del Loyola del Relato, sabiamente asociado por los estudiantes al espíritu de don Quijote.

Precisamente, Loyola padeció cárcel en Salamanca y allí dejó muchos admiradores y discípulos que, sin lugar a dudas, en los más de diez años de libre circulación del manuscrito del Relato, debieron leerlo con veneración no exenta de cotilleo, pues aparecen nombres de personas muy conocidas, etc. Después vino la Vida y debió sorprender enormemente aquella versión de los hechos, no a todo Salamanca, pero sí en la universidad, entre cultos profesores, algunos no tan ortodoxos, que debieron analizarla con lupa. Luego apareció el Quijote y el rumor sotto voce de su relación con Loyola. La máscara ‘picaresca’ de los estudiantes en las fiestas de la beatificación de Loyola debió ser, para algunos, motivo de regocijo total por su atrevimiento, por la picardía y astucia de aquellos pícaros estudiantes que se atrevían a jugar con lo innombrable.

Desde luego no estaban solos pues, como bien sabes, hubo una fuerte oposición en la propia Compañía y en el humanismo en general, encastillado, lógicamente en las universidades.

El caso es que, como siempre, utilizas los datos para anular mi tesis, para desacreditarme con pequeñas aportaciones en cuestiones en las que no me he manifestado. Estoy totalmente de acuerdo en las intenciones de “mofa” de la máscara de los estudiantes salmantinos y, también, en que “El resultado es una anécdota documentada en tiempos de Cervantes que revela fuertes indicios de una asociación hecha por los lectores de la novela que desafía subversivamente la estimación del futuro santo y produce una inmensa diversión generalizada.”

Una magnífica y contundente conclusión a la que yo casi nunca me arriesgo porque, conociendo la forma en que individuos como tú lees lo que escribo, no me queda más remedio que guardarme intuiciones que, como prueba tu artículo, serían motivo de ataques, etc.

Paso por alto el riguroso y acertado estudio histórico sobre las asociaciones Loyola- Quijote que realizas en los apartados 4-11, en los que abundan las citas entre comillas y escasean los disimulados improperios contra los autores citados, hasta que le vuelve a llegar el momento al “infatigable” y “desventurado” Ortés.

En ese punto, nuestro leal Davidson vuelve a reconvertirse en el soldado raso de guardia en la primera y solitaria garita desde la que se atisban los altísimos y alejados bordes del valle donde se supone ubicada la inexpugnable Fortaleza de san chupacervates. Viendo al intruso fisgón, fuertemente armado, y temeroso de cualquier inesperado estropicio en los rigurosos escalafones, pone en guardia a sus canes y, al mismo tiempo, comienza a lanzar puntillosos darditos contra el malvado y desestabilizador Ortés, contra el artífice de la malévola “campaña entregada al objetivo de convencer a los cervantistas de la relevancia de la asociación” Loyola-Quijote (p. 67).

Y así calla las gigantescas diferencias entre lo propuesto por los ‘grandes’ autores citados y analizados, científicamente, con anterioridad, y lo defendido por Ortés, que perdido y agotado no consigue “dar más relieve” a sus ideas en el dorado “marco de los estudios cervantinos”.

Pero encontró su merecido porque, al fin, cansado de subir entre las sombras, a los pies de las rocosas y tartáreas murallas objeto de su peregrinación, escuchó, desde una altura increíble, otra ‘muy científica’ conclusión: “La respuesta que le dio Daniel Eisenberg, en efecto, parece resumir la impresión que el desventurado estudioso le ha causado al mundo cervantino. El entonces editor de *Cervantes*, la revista oficial de la Cervantes Society of America, respondía a las peticiones incesantes de Ortés de obtener una reseña de *El triunfo de Don Quijote* en esa augusta publicación con la calificación de su libro como “no científico”, la valoración de sus argumentos como “estrafalarios” y el juicio lacónico culminante, “Ud. anda por los cerros de Úbeda”.

Supongo que utilizas el adjetivo ‘desventurado’ en su acepción de ‘desgraciado, desafortunado en lo que intenta’, por lo que colijo que tampoco has sabido, o querido, leerme a derechas. Buscas, de nuevo, desprestigiarme colocándome la imagen de servil menesteroso a las puertas del ansiado parnaso. Pero vuelves a equivocarte, las pruebas están ahí, en mi web, al alcance de quien desee comprobar el ‘culminante’ argumento del ‘científico’ que fue capaz de desvelar, de un solo golpe, dos o tres faltas de ortografía que le impidieron ver lo que verdaderamente se alzaba ante sus ojos.

Los magos, en su clásicos espectáculos de chisteras con palomas, interminables ristras de pañuelos de seda saliendo por la boca, y personas, intactas, dentro del baúl acribillado de espadas, suelen actuar acompañados de una linda señora adornada con relucientes lentejuelas que, tras cada ejercicio, gesticula y potencia con sus extremidades la portentosa brillantez del intrincado y sobrehumano trabajo que acaba de realizar su partenaire. Solo la altisonante música que les acompaña parece faltar en tu reverenciosa presentación de la gloriosa y soberbia intervención de Eisenberg.

También me llama la atención y ruboriza, la babosa y almibarada (perdón, no encuentro otras palabras) calificación de “augusta publicación” que otorgas a la revista de la Cervantes Society, pista rotunda de por dónde van los tiros de tus reverencias y genuflexiones. Aunque te advierto, intrépido cervantista en ciernes, que el vocablo ‘augusto, ta’ también significa, como sabes, ‘payaso de circo’, así que cuida tus palabras no vaya a ser que el citado ex-director te salga a ti también por los re-citados cerros.

Y cuando todo eran negros nubarrones, rayos y centellas contra el pedigüeño Ortés, Davidson añade otra no menos alucinante apreciación: “Pese a la mala fortuna que han sufrido los esfuerzos de Ortés, la asociación de don Quijote con San Ignacio muestra indicios de atraer una audiencia cada vez mayor entre los cervantistas.”

¡Alto! ahora no son los ‘amateurs’ sino los mismísimos cervantistas, los sumos sacerdotes, quienes parecen ir enfilados hacia la perniciosa sima y, Davidson, lo corrobora con una cita, también entre comillas, que le conduce “a la última y quizás más esclarecedora asociación entre don Quijote y el santo que hemos de considerar” (p. 68). Te refieres a un ensayo de Conrod (2008) que desconozco. Si tú lo dices, debe ser cierto que Conrod ha realizado la “quizás más esclarecedora asociación entre don Quijote y el santo”, solo que a estas alturas del artículo, perdón por mi desconfianza, has perdido credibilidad y no me queda la menor duda de que, sin saber cómo ni cuándo, Philip, me has cogido un poquillo de tirria.

Pasemos al último apartado de tu artículo (Conclusión), en el que expones, de entrada, una contundente afirmación hasta ahora apenas defendida: “La multitud de preguntas que se han hecho sobre el verdadero sentido de *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha* parece ser incompleta sin atender a la relevancia de la historia de San Ignacio de Loyola, contada como fue en su *Autobiografía* y luego también por Pedro de Ribadeneyra en la *Vida de Ignacio de Loyola*. Estos escritos demuestran una serie de parecidos extraordinarios con la novela”

Aprecio ahí una triple afirmación. Primero: la asociación Loyola-Quijote, que en la página 67 mostraba solo indicios de atraer una audiencia cada vez mayor entre los cervantistas, tres páginas después se convierte en una especie de premisa con la que deberá contar quienquiera indagar “sobre el verdadero sentido” de la novela. Segundo: el *Relato* y la *Vida* resultan igual de relevantes como trasfondo de la novela. Tercero: Ambos “escritos demuestran una serie de parecidos extraordinarios con la novela”.

Si tenemos en cuenta que, de todos los autores citados en el riguroso artículo sobre la historia de la relación Loyola-Quijote, solo uno defiende la doble fuente (*Relato-Vida*) de la novela y si, además, resulta que es el mismo y también el único empeñado en ‘demostrar una serie de parecidos extraordinarios’ entre novela-fuentes, llegamos a la conclusión que solo puedes estar haciendo una referencia concreta a El triunfo de don Quijote.

Por otra parte, recordemos que en la p. 67 sostienes que la asociación Loyola-Quijote “muestra indicios de atraer una audiencia cada vez mayor entre los cervantistas”, aunque ahora, en la conclusión, en un arriesgado ejercicio de compensación consistente en dar una de cal y otra de arena, opinas, primero, que el asunto ha “pasado de moda como tema de interés en algunos rincones de la academia”, aunque, segundo, el tema sigue despertando el interés de algunos estudiosos que “todavía buscan, si cabe la posibilidad, saber lo que el escritor quería decir”. No obstante, tercero, la búsqueda se complica si se tiene en cuenta las diversas interpretaciones de que ha sido objeto el libro de Cervantes y las propias declaraciones del autor excluyendo “la posibilidad de que su obra tenga un blanco satírico extraliterario”.

Sospesando tus intereses de doctorando, no quieres decepcionar a nadie porque, aunque no te atreves a declararlo abiertamente, ahora sí te estás alineando con la audiencia, cada vez mayor, que considera incuestionable la asociación Loyola-Quijote, de ahí que arrincones, subconscientemente, a la “academia”, es decir, al núcleo cerrado, arrinconado, que vienes defendiendo, aunque tú sabes que no llevan razón, que han quedado obsoletos en el rincón de sus privilegios.

En mi opinión, la gran conclusión que obtienes, en tan desigual y complicado artículo, es que en el futuro será difícil transitar interpretativamente por el Quijote sin tener en

cuenta la asociación con las dos fuentes esenciales de Loyola, ahora bien, imagina lo humillante de esa conclusión para un ‘*establishment*’ que ni siquiera accede a considerar ni a leer a los amateurs.

Mi gran fortuna es no depender de quienes imponen criterios y administran fondos de Cervantes, sino vivir plenamente en su obra, gozando día a día en la más hermosa primicia e investigación literaria jamás imaginada. No hay título, cargo, ni prebenda que pueda compararse con eso, sobre todo, y además, cuando ninguna de esas aspiraciones, legítimamente humanas, me interesan. Lo que está en juego no es mi posición en el mundo del cervantismo, yo sé muy bien el privilegio del que gozo y eso me basta, otra cosa es el tiempo que tarde en aceptarse e imponerse en un medio donde la ‘mentira’ tratará siempre de contrarrestar y destruir cualquier verdad que revele el turbulento y cruelísimo pasado histórico que se empeñan en ignorar o maquillar.

Por eso me resulta preocupante la falta de calidad científica de tu trabajo al desestimar, o no exponer debidamente, algunos de los datos que considero básicos en el conjunto de mi teoría, es decir, aquellos que marcan una rotunda diferencia con todos los precedentes. Olvidas lo fundamental y tergiversas lo superfluo.

De John Bowle, por quien siento una total admiración, dices muy acertadamente: “La asociación que hace John Bowle entre don Quijote y San Ignacio es notable porque se basa en un largo y riguroso estudio del *Quijote*, una lectura detenida de la *Vida Ignacio de Ignacio de Loyola* y la previa asociación de Pierre Quesnel publicada cuatro décadas antes. Su análisis, sin embargo, va más allá de los comentarios de los lectores quienes previamente los habían asociado, llegando a contextualizar la locura satirizada por Cervantes y la potencia de las ilusiones que causa. El hombre que había trabajado durante tanto tiempo para elevar el estudio del *Quijote* y producir una edición científica de la novela no se hacía ilusiones respecto a la identidad del héroe burlesco: Ignacio de Loyola era don Quijote.”

No pretendo comparar mi escaso saber con el del erudito reverendo pero, sea como sea, en plan amateur y estrafalario, yo también he llevado a cabo una notable asociación basada en un largo y riguroso estudio del Quijote, la Vida y el Relato, el imprescindible elemento del que careció Bowle, que le impidió ampliar sus más que acertadas intuiciones, y gracias al que he logrado construir un mapa sobre el trasfondo críptico del Quijote que es ya pura leyenda, no por mi trabajo en sí, sino por la trascendencia del descubrimiento, por el nuevo e inmenso campo abierto a la investigación e interpretación, no solo de toda la obra de Cervantes, sino de muchísimos aspectos del siglo de oro.

Nada de eso has querido ver cuando dices que argumento ‘brevemente’ que Cervantes conocía el Relato, pero con el aluvión de pruebas aportadas resulta tan patente que solo desde la mala fe, que también mueve montañas, se puede defender lo contrario. Piensa un poco en el futuro cuando escribes, no te dejes guiar por quienes ocultan designios adversos. Solo tú responderás de tus palabras grabadas en la inmensidad del globo y de las que, probablemente, algún día te arrepentirás. Porque la verdad y la razón, aunque tarde, casi siempre terminan imponiéndose. Ya ves Ribadeneyra, le ha durado el rollo, pero él soñó con ser eterno.

Quizás lo más triste es que ha aprendido poco de Cervantes, de sus magistrales clases sobre la verdad, la libertad y la ética. Te veo más en el aula de Ribadeneyra. Podrá ser que alguien te haya utilizado para escribir lo que nunca se hubiera atrevido a firmar con su nombre, ¡ajo, Philip, el campus está lleno de lupus!

Debe ser difícil escribir, montar una teoría en contra de la propia realidad. Has nadado contracorriente, soy consciente del esfuerzo de armar todo eso para que, además, parezca distinto de lo que es.

En definitiva, ni resaltas mis individualidades ni mis logros frente a los demás autores, ni consigues encontrar una sola fisura en el amplísimo e innovador desarrollo de mi tesis, al menos no lo manifiestas, al contrario, buscas mi descrédito basándote en el perverso silencio de reputados cervantistas, aunque al final, admitiendo la injusticia del ataque, asumes, aunque atribuyéndoselo cruelmente a otros, que será obligatorio contar en adelante con el grueso de mi investigación

Concluyo, pues, a pesar de los 'no estridentes' pero poco edificantes y peyorativos calificativos con que me aporreas ('recóndito', 'romántico', 'dudoso', 'estridente', 'amateur', 'desventurado', 'no científico', 'estrafalario'), que te quedo muy agradecido. Nunca van a perdonarte que hayas roto la conspiración de silencio que tan bien les ha funcionado hasta ahora. Tu trabajo, en los aspectos históricos secundarios, me parece muy acertado, y en lo principal, contra Ortés, ¡maravilloso!, de forma que, intuyendo tus intenciones y visto el alto grado de cumplimiento y tus pretensiones de medranza, os puntuaría con un 10.

Con la carta anterior prácticamente finalizada, recibo el siguiente correo

20/05/2012 6:37

Estimado Sr. Ortés,

La redacción de Cuadernos de Aleph me informa que Ud. está interesado en comunicarse conmigo sobre mi artículo "Don Quijote de Loyola". Antes que nada, le debo decir que llevo años leyendo sus obras y admiro el esfuerzo que ha hecho para arrojar luz sobre los paralelismos entre don Quijote y San Ignacio. Es una relación que me fascina por las implicaciones que tiene, y es el tema de mi tesis de maestría. El artículo que se publicó en Cuadernos era solamente la primera parte de este trabajo; me quedan otras dos por escribir. Desafortunadamente, el proceso de investigar y escribirla es bastante lento, ya que soy funcionario trabajando a tiempo completo y sólo puedo dedicarme al estudio en mis ratos libres, que son pocos.

Estaría encantado de responder a cualquier pregunta que tenga sobre mi trabajo o los argumentos que he adelantado. Es verdad que discrepo con Ud. sobre algunos de sus planteamientos, pero creo que está acertado en lo fundamental. Sólo le pido que tenga paciencia con mis respuestas ya que quiero darle las mejores que pueda.

Un cordial saludo,

Philip

¡Hola Philip! Gracias por ponerte en contacto conmigo aunque, sinceramente, Cuadernos de Aleph ha actuado un poco a su bola, tomando, al final, una decisión que la doy por válida aunque, como podrás comprobar, no queda exenta de la casi traumática relación que eventualmente mantengo con el mundo de la universidad y el cervantismo. Añado, a continuación, la secuencia de correos mantenida con José Martínez Rubio. A pesar de que me considero bastante pacífico, también me encanta interrumpir con 'estridencias' cualquier conversación que siendo, en mi opinión, irracional o corporativista, no me merece la pena seguir.

14-5-2012/ 18:46

Sr. Director de Cuadernos de Aleph Mi nombre es Federico Ortés Sánchez, profesor jubilado de Formación y Orientación Laboral, y autor de un libro (El triunfo de don Quijote) ampliamente comentado por Philip Davidson, en el nº 4 de los Cuadernos, en el artículo titulado Don Quijote de Loyola: sus asociaciones por lectores a lo largo del tiempo. Como me gustaría responder a dicho artículo, deseo conocer su disposición así como el tiempo y la extensión con la que cuento. Atentamente

14-5-2012/ 19:13.

Querido Profesor:

Lamentablemente Cuadernos de Aleph únicamente publica artículos de doctorandos y, especialmente, ligados a un monográfico que en estos momentos está en preparación para su difusión. Le agradezco su interés y su ofrecimiento para continuar la discusión en esta revista. Sin embargo, me veo en la obligación de indicarle los problemas.

Por otro lado, no tendremos ningún problema a la hora de ponerle en contacto con el autor del artículo.

Quedo a su disposición.

Un saludo cordial.

José Martínez Rubio

15-5-2012

Gracias, José Martínez, por su amable respuesta y, por supuesto, no aspiro ya a conseguir la solicitada publicación. Solo deseo partir una lanza en favor de futuras personas ultrajadas, y encima amordazadas, por el medio que dirige.

Resulta que el principal y casi único objetivo del señor Davidson, aunque no lo parezca, es atacar desafortunadamente a mi libro y desprestigiar mi nombre. El Consejo de Dirección de Cuadernos debió considerar, en su momento, la posibilidad de que cuando los ‘doctorandos’ se ceban en la revista contra determinadas personas o instituciones, a ellos se les debe otorgar el derecho de réplica reconocido por la ley de Imprenta a toda persona aludida expresamente.

Estoy siendo objeto de una campaña de acoso del ‘cervantismo oficial’ consistente en la aplicación rigurosa de una férrea ‘ley del silencio’.

Llevo publicado cinco libros sobre el Quijote y jamás he conseguido, a pesar de que el señor Davidson reconoce en su artículo que mi teoría atrae “una audiencia cada vez mayor entre los cervantistas” y que, en el futuro, será imprescindible contar para cualquier interpretación de la novela de Cervantes con la novedosa tesis que defiende, jamás, insisto, he conseguido obtener ni una sola reseña ni el más mínimo comentario del cervantismo.

Con mi replica trataba de demostrar cómo Davidson incurre en una serie de inocentes, pero calculadas estrategias, con el objetivo de eliminar todos los novedosos y fascinantes aspectos que he descubierto sobre la gran obra de Cervantes.

Le aseguro que el complot de silencio que, supongo, tácitamente recae sobre mi obra, será estudiado en el futuro como uno de los casos más flagrantes y escandalosos de la historia de los fraudes científicos, en este caso por omisión. Recordemos a Einstein o a Ramón y Cajal, a cuyos pies no llego, pero a los que emulo en el tesón, la soledad y el desprecio de mis congéneres.

Espero que no tome a mal mis palabras, no es mi intención, pero comprenda mi indignación (y la de alguna gente que me apoya) al comprobar que, para una vez que se rompe el silencio, solo sea para machacarme, sutil y muy efectivamente, en una

publicación urbi et orbe que, como comprenderá, me deja malparado e indefenso en unos momentos en los que preparo la edición de un próximo libro.

Por supuesto que, aunque sea en mi página web, colgaré la réplica en su momento pero, insisto, no donde me correspondería por derecho. La inflexibilidad suele aparecer asociada a la incultura y, especialmente, a la pérdida de derechos.

Muy atentamente

federico ortés

16-5-2012/ 1:12

Querido Federico:

Cuadernos de Aleph es simplemente un canal donde los autores exponen su trabajo. Cualquiera queja debe ir dirigida a los autores. Cuadernos no está obligada a absolutamente nada, porque es una revista científica, anual y monográfica. Seguro que encuentra canales donde continuar su debate.

16-5-2012 /13:02

Muchísimas gracias, José Martínez, por su razonada y razonable respuesta. ¿Sería tan amable de enviarme la dirección electrónica de Philip Davidson?

Atentamente, federico ortés.

16-5-2012/13:04

Lo haremos al revés. Por confidencialidad, si usted me permite, le pasaré sus datos al autor para que se ponga en contacto con usted.

Un saludo.

José Martínez Rubio

16-5-2012/17:9

Ya veo que me he quedado sin derechos, supongo que por respondón. Ke t den

Hasta aquí la conversación con Martínez Rubio.

Para entonces ya tenía finalizada la 'Carta abierta' que te envío y aparecerá, probablemente esta semana o la siguiente, en una revista digital que, en su momento, te anunciaré.

Aunque tu agradable carta ha mitigado, en parte, mi mosqueo, he preferido no cambiar ni una coma para que conozcas, en vivo, la meditada reacción que me produjo la lectura de tu artículo. Solo he podido considerarla como un eslabón más de la cadena de improperios que he recibido por atreverme a discrepar sobre algo a lo que me siento con pleno derecho.

Por último, te deseo muchos éxitos en tus futuros trabajos y que cuentes conmigo para lo que necesites. Un fuerte abrazo, federico ortés.

23-5-2012

Mi estimado colega Federico,

Muchas gracias por tu email y la carta abierta. El intercambio de emails que has tenido con Cuadernos de Aleph me parece lamentable pero, al final, bastante gracioso, si no quijotesco. Comprendo tu cabreo, pero es que tienes una forma de expresarte que me hace mucha gracia. No lo tomes como insulto, sólo que me encanta tu pasión y voluntad para hacer que te oigan. Me alegro que al final la redacción nos haya puesto en contacto. Asimismo, he disfrutado mucho con la carta, que me parece magnífica, una defensa robusta de tu punto de vista sobre el Quijote. Pretendo ofrecerte una respuesta más detallada que esta a las más de 25 puntos que tratas sobre mi artículo, pero el tiempo que exigirá se me hace escaso. Por ahora, sólo quiero resaltar un par de cosas que me parecen necesarias para aclarar un malentendido entre nosotros.

No pretendía desprestigiarte a ti ni a tus obras, ni tampoco eres el sujeto principal de mi artículo. Mi intención era poner de relieve la asociación que ha hecho un número asombroso de lectores entre don Quijote y San Ignacio a lo largo del tiempo. Tú, para mí, eras emblemático de ese lector frustrado, consciente de la fuerte relación entre los dos, pero sin capacidades para persuadir a la crítica sobre el asunto. Ha habido muchos otros en la historia de la crítica cervantina que han intentado dar más perfil a sus teorías sobre el verdadero sentido del Quijote, aunque ninguno, a mi parecer, que se aproxima al meollo de la situación como tú. Supongo que, como personaje en esta historia, me parecías como el mismísimo Caballero de la Triste Figura (que no es una asociación difícil de hacer, sobre todo cuando tomas en cuenta lo narrado en tu Cronicón quijotesco) en cuanto a la lucha fútil e infructuosa para hacer que los cervantistas hagan caso de la apabullante relación entre don Quijote y San Ignacio.

Así que, por favor no tomes mi artículo como un ataque a tus obras ni a tu reputación. Es más bien una defensa de los principios que te ha llevado a hacer todo lo que has hecho durante estos años para hacer destacar este importantísimo tema en los estudios cervantinos. Donde discrepo contigo es porque tu interpretación del Quijote es influida por la interpretación romántica de la novela. Esta tradición interpretativa me parece anacrónica, ya que nació siglos después de Cervantes. Los primeros lectores del Quijote lo entendía como una comedia burlesca, y así creo que lo pretendía su autor. Su humor, pues, me parece satírica, en la tradición de las sátiras de Horacio, con quien se ha comparado a Cervantes frecuentemente, y sus burlas dirigidas hacia su protagonista y, por asociación, a San Ignacio. Éste me parece el blanco principal de la sátira, y no el héroe homenajeado de la novela.

Pero lo dejo por ahora, y me reservo para otro día. Te digo que es un auténtico placer para mí, como estudiante del español y de las letras hispánicas, discutir estas cosas contigo, una persona cuya obra he leído y admirado desde lejos y alguien con quien me encuentro ahora como compañero en esta aventura para destapar uno de los misterios más grandes de la historia de la literatura. Me hace ilusión seguir esta conversación y el intercambio de ideas y opiniones. Te deseo todo lo mejor con la preparación de tu nuevo libro y espero que podamos seguir en contacto.

Un fuerte abrazo,
Philip

7/6/2013 8:03

Hola Philip, solo comunicarte la aparición de una nueva versión de mi libro (DON QUIJOTE PEREGRINO, ENTRE LOYOLA-PARÍS) que ya he colgado íntegra en la web. He hecho una autoedición de 100 ejemplares, de los que he puesto a la venta cincuenta, solo pueden adquirirse en una librería de Sevilla:

la extra-vagante (www.laextravagante.com) (954900816)

Te informo de todo eso porque me encantaría que te hicieras con algún ejemplar pues, dada mi acrecentada vanidad, tengo la sensación de que será una pequeña joya bibliográfica. Lo ideal hubiera sido enviártelo gratis, pero ya el coste de la edición (en la que no gano ni un céntimo y pierdo más de la mitad del total), ha quedado mis arcas maltrechas.

Un saludo

9/6/2013 3:21

Hola Federico,

Muchas gracias por el comunicado de tu libro DQ PEREGRINO. Me hace ilusión hacerme con una copia, ya que tengo tu El triunfo de Don Quijote. A propósito, me gustan los cambios que le has hecho a tu página web. Se ve bien.

Sigo trabajando en mi tesis sobre DQ-Loyola. Progresas lentamente ya que mi trabajo como analista para el ministerio de sanidad ocupa la mayor parte de mi tiempo. Tengo dos capítulos por escribir, así que espero poder terminarla antes del fin del año. La primera parte ya la has leído el año pasado en Cuadernos de Aleph. Cuando tengo la tesis completa, te enviaré una copia. Lo único es que está escrita en inglés. El título que le dado por ahora es 'Don Quixote de Loyola: Cervantes' Reputed Parody of Ignatius of Loyola'.

Me interesaría saber lo que opinas sobre el trabajo del cervantista Antonio Rey Hazas sobre los orígenes de DQ. Él aportado ciertas evidencias que indican a Lope de Vega como el blanco de la sátira de Cervantes. Sus argumentos parecen bastante convincentes, y él por lo menos está convencido de que tiene la razón. Yo sin embargo sigo pensando, igual que tú, que la historia de Loyola era una importante fuente de inspiración para Cervantes. Pero me gustaría saber lo que piensas sobre esto. Te mando aquí un enlace a un artículo de Rey Hazas, por si no lo has leído todavía:

<http://www.estudioscervantinos.org/1/Antonio%20Rey%20Hazas%20-%20Estudio%20del%20Entremes%20de%20los%20romances.pdf>

Espero que tengas un buen verano y te deseo mucho éxito con el nuevo libro.
Saludos,

Philip

9/6/2013 4:05

Dado la reciente publicación de DQ PEREGRINO, parece que lo adjuntado podría ser de interes¹.

PD

11/6/2013 7:50

Gracias Philip por tu amable respuesta, la interesante información que me envías y tus buenos deseos para mi libro. Cuando ya andaba entre los capítulos 15-27, iba viendo tantas novedades respecto a los primeros que se me ocurrió revisarlos para retocarlos un poco que, al final, me ha costado siete años. Creo que ha merecido la pena porque, por primera vez, me siento plenamente satisfecho y, al habérmelo autoeditado, me he permitido el lujo de hacerlo muy a mi sabor. Aparecen, por supuesto, las típicas erratas y problemas de trabajar con una copistería y no una editorial, lo que ha obligado a utilizar un formato excesivo para que el volumen no alcanzara la ingobernable cantidad de mil y pico de páginas en papel reciclado, etc. En fin, un capricho, un delicioso consuelo a tantas horas de trabajo.

El artículo de Rey Hazas creo que lo había leído, aunque me llamó tampoco la atención que creo que lo había olvidado. Lo primero que me pregunto es por qué Cervantes iba a montar todo ese artificio ¿solo por rivalidades literarias? De esa forma los escritores del XVI-XVII quedan aislados en sus torres de marfil y ajenos a la terrible represión racial e ideológica que se vivió en su país. Puede que Lope fuera de esos, como Quevedo, los dos centrados en sus lindezas y bajezas literarias, aunque disfrutando de la buena vida, pero Cervantes es un verdadero humanista y, además, un represaliado o un maldito que, por muchas razones, tenía otros intereses. Eso ha pasado siempre y seguirá ocurriendo porque cada cual focaliza según sus genes, su mente y las circunstancias. Creo que en mi nuevo libro, el complejísimo entramado críptico que revela cada capítulo, explica por sí solo que el Quijote no naciera como un relato breve.

Otra cosa es que los ocho primeros capítulos, para emular hasta en eso al Relato, circularan manuscritos antes de 1605, es algo en lo que he pensado pero que, mientras no existan pruebas, mejor ni mencionarlo, porque Rey Hazas y ese tipo de eruditos, aunque sostienen sus etéreas teorías en puritito aire, cuando opinan sobre los demás suelen ser duros de convencer, según mi experiencia, aunque les abrumes con pruebas.

La ironía, el sentido metafísico que siempre se ha apreciado en la novela, los misterios, los errores...nada tiene sentido con ese tipo de alambicadas interpretaciones que solo conducen a hipótesis de hondo calado de erudición pero de escaso interés hermenéutico...Sitúan a los escritores en una especie de arcadias imposibles y ajenos a la cruelísima realidad que les tocó vivir, ¿tiene algo que ver ese Cervantes con el que, sumando los escasos datos fidedignos conocidos, se deduce de su vida?

No es la guerra con Lope lo que mueve a escribir a Cervantes, sino la guerra contra la tiranía, contra quienes privan de la libertad y convierten un país en cárcel del pensamiento único.

Como ves sigo erre que erre con mi interpretación de la escritura de Cervantes y, lógicamente, me alucina que encuentres “bastante convincentes” los argumentos de

¹ Me reenviaba el dossier sobre unas jornadas internacionales de literatura española medieval en: “Buenos Aires, Pontificia Universidad Católica Argentina”, significativo indicio de por donde sonaban los tiros de sus desafueros.

alguien que se apoya fundamentalmente en multitud de premisas tipo “debió de conocer”, “es muy probable”, “es posible”, etc. y que de pronto afirma rotundamente y sin ninguna prueba convincente que ‘es obvio que Cervantes la escribió primero, como una novela corta, sin pensar en dividirla’ ‘no hay duda de que el Quijote nació como una novelita corta’ etc. A mí no me convence, pero no porque le lea con una aptitud negativa sino porque la organizada, rigurosa y erudita carga que precede al objetivo final no es convincente y podría ser fácilmente sustituida por otras premisas igualmente eruditas y rigurosas pero que no justifican las conclusiones últimas.

Creo que es el mismo tema del que ya hablamos en aquella larga carta. Parece ser que la ideología o las convicciones personales nos suelen jugar la mala pasada de ser muy condescendientes con las ideas que defendemos y rigurosamente críticos con las contrarias.

Todos esos artículos son ensayos pirotécnicos que no conducen a nada más que a escalar posiciones en los ya también comentados escalafones. Si miras la apabullante bibliografía cervantina reconocerás la presencia de tan abundantísimo género solo leyendo las primeras líneas de infinidad de artículos semejantes...en fin, que es un poco pesado hablar en negativo, perder el tiempo en cosas improductivas, aunque para otros sean placeres de dioses.

Espero que tus trabajos sigan con buen rumbo y buen punto de mira.

Un fuerte abrazo, federico.

19/6/2013 7:14

Gracias a ti, Federico, por tu amable y meditada respuesta. Perdóname el retraso de la mía. La vida a veces no te deja atender a las cosas importantes.

Coincido totalmente contigo en que el propósito de Cervantes en el Quijote tenía que haber sido más amplio y más significativo que una mera guerra literaria librada contra Lope de Vega. Por eso discrepo con la hipótesis de Rey Hazas de que la novela sea esencialmente una parodia de Lope. No obstante, yo creo que Cervantes sí era capaz de burlarse de varios sujetos a la vez, y Rey Hazas me ha convencido que Lope era uno de ellos, al menos en ciertas partes del Quijote como el prólogo a la primera parte. Dicho eso, la obra me parece tan obviamente inspirada en la vida de Loyola, como tú bien has demostrado, que no deja de sorprenderme que el mundo cervantino no se ha ocupado seriamente del asunto. Por eso estoy tratando de establecer en mi tesis, más allá de toda duda fundada, para una audiencia académica y cervantista, la relevancia de la inspiración ignaciana del Quijote. Ya es hora de que los especialistas en Cervantes se tomen nota de este hecho trascendental y empiecen a explorar sus implicaciones.

Hay tantas otras cuestiones interesantísimas para discutir contigo pero desafortunadamente me toca ocuparme ahora de esas otras cosas menos importantes y mundanas de la vida. Ojalá podamos encontrarnos algún día en el mismo sitio para seguir esta conversación más a gusto. Hace mucho tiempo que no visito España. Espero un día volver, si Dios quiere.

Un fuerte abrazo,

Philip

Llegado a este punto, no volví a contestarle, juzguen ustedes, generos@s lector@s que han llegado hasta aquí, los vaivenes de este buen hombre en el que ¡por fin!, en el penúltimo vocablo anterior a la despedida, se ha producido el parto de la burra, la causa y origen de todos sus contrasentidos y arbitrariedades.